

RESURRECTA

VIC ECHEGOYEN

RESURRECTA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: junio de 2021

© Vic Echegogen, 2021
Publicada de acuerdo con Meucci Agency - Milán
Edición revisada en 2021
© de la presente edición: Edhasa, 2021
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6385-2

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 9347-2021

Impreso en España

«Porque un médico es una persona que examina a su paciente con cuidado, se fija también en las circunstancias de sus errores, juzga el caso con ecuanimidad, enseña con gentileza cuanto el penitente debe hacer para evitar pecar, prescribe los remedios necesarios para curarlo y los administra con cariño, y al ejercer el oficio de médico, también hace de juez, de doctor y de padre».

Padre Francisco M. Franco, 1794

Dedicada a quienes jamás se rinden.

Esta historia sucede en Lisboa y Belén, el 1 de noviembre de 1755, desde las 9:15 hasta las 15:30 horas.



**PRIMERA PARTE:
HORA TERCIA A SEXTA
(9:15 a 12:00 horas)**

I. RÉQUIEM

«Señor, concédeles el descanso eterno,
y que la luz perpetua los ilumine.
Te alaban solemnemente en Sión y te ofrecen
sacrificios en Jerusalén...».

9:15 horas

En la cubierta de un navío que está descargando tinajas de aceite y carcasas de ganado en un almacén del muelle sobre el Tajo, un marinero lanza un vistazo a las siete colinas de la capital del reino de Portugal, y otro a los retazos de la niebla color zanahoria que se dispersa en la brisa del nordeste. Hoy es el día de Todos los Santos y la aduana no ha abierto, pero la tripulación está en pie desde antes del amanecer, hace tres horas y media, cuando al fin se pudo echar el ancla: esa mañana, la marea se ha retrasado dos horas.

Es día de fiesta y de feria; amén de las banderolas de colores tendidas sobre las calles, se oye el bullicio de barateros, vendedores de escapularios y sardineras. El marinero alza la cara –que exhibe una estrella tatuada con pólvora– hacia el sol que inunda la Explanada o «Terreiro do Paço» ante el palacio del rey, y aspira el tufillo a brea y asado: no ve el momento de saltar a tierra y aprovechar su día de permiso.

Lleva una cajita de madera en el bolsillo: siente que hormiguea y le quema las calzas. Su instinto le dice que quizá valga un tesoro... Conoce a un noble que aprecia rarezas como aquella, pues ya le ha vendido otras que le ha traído de sus viajes.

Si acierta, a cambio recibirá bastante dinero para pagarse un caldero de guisote y una juerga en la calle del Capellán, conocida por los marinos como *la calle puerca* por los puteríos que alberga.

Allí delante, la campana de Santa Justa da los cuartos: si se apresura, podrá atravesar el barrio del centro que llaman Baixa, cruzar el Rossio, llegar a la plaza al norte de la ciudad donde habita el coleccionista y disfrutar de su recompensa antes de que cambie la marea.

9:16 horas

A un minuto a pie del muelle, cruzando la Explanada hacia el oeste, un martilleo que no ha cesado en toda la noche y continúa pese a ser sábado de fiesta resuena dentro de un coloso de siete pisos hecho de mármol, con bóvedas pintadas con frescos y columnas recubiertas de oro.

Es la Ópera del Tajo, inaugurada hace exactamente siete meses: es el corazón del reino, como la Patriarcal es su alma y el palacio es su cabeza. El rey, melómano y mecenas gracias al maná de oro que fluye de las colonias, no ha escatimado medios para edificar ese templo a las musas y desde entonces, virtuosos y divos orbitan en torno a Lisboa como antes lo han hecho en Madrid, Nápoles o París.

Dentro de tres días se estrenará *Antígono*, una fantasía de venganza y pasión en la Antigüedad escrita por Metastasio a la que asistirá toda la corte. Como un niño que quiere saber qué regalos recibirá en Navidad, el rey ha espiado un ensayo días antes, oculto tras la cortina de un palco, mientras los músicos fingían ignorar su presencia.

Los nervios afloran y las disputas retumban en el foso de la orquesta, donde el compositor, Antonio Mazzoni, se pelea con el director, David Perez, por el ritmo de una fuga. Entretanto, el arquitecto del teatro y diseñador del decorado, Gio-

vanni da Bibiena, dirige a los tramoyistas que ensamblan la acrópolis del rey de Macedonia; en el escenario, el tenor Gregorio Babbi se enfunda su silueta de bailarín en una coraza de hojalata.

—¿Qué hacéis aquí, señor? Os creía cantando en Santarém —se sorprende Perez al ver entrar al *castrato* Caffarelli, la voz de Dios para sus adoradores y *El Caprichoso* para los músicos que sufren sus rabietas. Esta vez, el divo canta el papel de un protagonista, Demetrio.

—Yo también, pero me desperté con pereza —responde éste, alzando sus hombros de atleta y echando atrás su melena de león: sin más, empieza a calentar la voz improvisando variaciones sobre un aria que hace brotar lágrimas de arrobó en los presentes. Pronto se le unen los gorgoritos de otro *castrato*—. ¡Ah, no, Luciani! Otra nota en falso y, aunque seáis la estrella, juro que os daré tal tunda que ya solo podréis cantar con las sardineras del mercado.

Domenico Luciani, que interpreta a la princesa Berenice, le tira la partitura a la cabeza. Y así, entre pullas y blasfemias, se ponen a afinar todas las tesituras de voz de varón, desde el bajo hasta los *castrati* de coloratura, pues ninguna hembra puede poner un pie en escena como cantante, bailarina o música; solo niños o actores pueden interpretar a ninfas y pastoras. Así ha sido siempre, y así será mientras la Ópera del Tajo exista.

9:17 horas

A diez minutos de la Ópera, subiendo por la calle de San Pablo al noroeste detrás del río, el teniente Bartolomeu de Sousa, de diecisiete años, suspira en su puesto de vigilancia en la Casa de la Moneda y se pasa la mano por la cara ansiando que le brote al fin la barba. Por un momento, desea convertirse en uno de los zagales que pasan a la carrera ante su garita de oficial, brincando y chillando entre risas.

El muchacho rumia una brizna de heno: faltan horas hasta que finalice su guardia y la de los reclutas a su cargo. No le importa perderse el misterio frente a la catedral, el teatro de marionetas o a los cómicos llegados de Setúbal, ni las golosinas que ya le parece oler desde los tenderetes de la feria del Rossio; es solo que le había prometido a su novia un refrigerio y después un paseo a la orilla del Tajo, a la luz de la luna...

Pero su deber es custodiar las barras y el polvo de oro llegados de las costas de Brasil hace un mes. Además, como dice su padre, nadie más, ni siquiera el rey, tiene el privilegio de asentar sus posaderas encima de una fortuna de ochenta arrobas y diez contos de oro, aunque la escasez de su soldada no refleje a sus ojos la importancia de su misión. Hasta la fecha, nadie ha asaltado con éxito la Casa de la Moneda, ni piratas ni moros. Y Bartolomeu se ha prometido que, mientras de él dependa, nadie lo hará.

Un recluta bosteza ruidosamente a sus espaldas, ganándose un ladrido del alcaide que los acecha desde su ventana: de ese tipejo depende que el muchacho y sus reclutas puedan descansar a mediodía o tengan que permanecer clavados en su sitio seis horas más.

Sin mover la cabeza, el teniente empuja la brizna con la lengua hacia el otro carrillo. Confía en que la moza lo esperará. Y, si no, habrá otras: el día apenas ha comenzado y aún puede depararle sorpresas.

9:18 horas

A diez minutos a pie subiendo desde la Moneda a la plaza del Rossio, Manuel Madeira de Sousa, director del hospital de Todos los Santos, comprueba que ya están preparando los calderos de sopa de cordero con arroz para el almuerzo y descubre que un monje está descargando varias tinajas de una carreta junto al saco de judías para la cena. Con satisfacción, comprue-

ba que han sobrado varios cuartos de leche del desayuno: con cuatrocientos enfermos ocupando los tres pisos y las doce enfermerías, no suele sobrar comida.

–Traigo compota de pera para los enfermos, por la onomástica del hospital; es un donativo del convento de la Buena Hora –explica el monje.

–Gracias, padre; dedicaremos los rezos de hoy a vuestra comunidad.

Hace una hora que los médicos terminaron su ronda de visitas y el director revisa los bajos del edificio con la rapidez que confiere la rutina; en la lavandería, junto a dos tanques de colada, los legos recogen sábanas, paños y vendas. Luego sube a las salas de San Bernardo y San Cosme, donde los enfermos de fiebre, separados por sexo, siguen la misa desde sus camas gracias a la galería que da al altar de la iglesia en el centro del edificio. A continuación pasa por la sala de San Antonio con las fracturas y luego por la sala que acoge a sifilíticos; saluda a los nobles que ocupan la sala de San Vicente, y después a los cuidadores que han enfermado y se recuperan en la enfermería de los capuchinos.

No precisa recorrer las salas de abajo que alojan al personal y las oficinas, la botica o la sala de anatomía, que exhibe frascos con órganos y miembros conservados en alcohol; hasta que hiele no volverán a practicarse disecciones. Pero sí visita el torno de expósitos y el albergue donde caben cuarenta mendigos; en días de feria, como hoy, siempre hay trifulcas entre lugareños y visitantes que beben de más y luego se rompen la crisma, pero de momento la calma reina dentro y fuera del hospital.

–Señor, venid, por favor –oye exclamar a Manuel Constanancio, un estudiante y sangrador que se dirige hacia él por el pasillo mientras el profesor Pierre Duffon le pisa los talones–. No puedo explicároslo, señor; tenéis que verlo. Por aquí, en la sala de los alienados...

9:19 horas

En su despacho del palacio frente al hospital, cruzando la plaza del Rossio en diagonal, Manuel Varejão e Távora, decano de la catedral de Elvas y presidente de la Inquisición, hojea un panfleto: cuenta la leyenda que en esa estancia se alojó, en su día, San Francisco Javier. Desde allí le llega el gorgoteo de la fuente y los salmos de Santo Domingo.

Ya ha oído misa allí, y antes de recibir a unos canónigos de Santarém aprovecha para leer las obras confiscadas esa semana con ayuda de unos lentes de marfil que resbalan por su nariz de cuervo. Algunas están en latín, portugués o italiano, pero otras están en inglés o alemán y necesitará a los traductores entre los familiares del Santo Oficio para separar las que merecerán su *nil obstat* de aquellas que serán incluidas en uno de los tres índices y terminarán en una pira.

El montón de pasquines y volúmenes sobre su mesa incluye también sainetes subidos de tono que incitan a la depravación, algo a lo que, como desgraciadamente sabe don Manuel, los lisboetas se prestan con gusto: pero no le preocupan en exceso y los deja de lado. La perdición de la carne no reviste la gravedad que sí tiene perder el alma: es ahí donde su labor se topa con dificultades, y sobre todo con enemigos que socavan la fe desde el extranjero. Sus dedos tropiezan con la *Utopía* de Tomás Moro, una de cientos de obras confiscadas en lo que va del otoño.

¡Moro, canciller del reino, teólogo y mártir cuya defensa de la Iglesia frente al tirano Tudor le costó la cabeza! Y sin embargo también figura en el Índice, porque confunde las mentes con sus teorías sobre el ordenamiento de reyes y pueblos; otro tanto sucede con Erasmo... Comparados con ellos, los judíos, moriscos y protestantes le causan menos quebraderos de cabeza que la insidia que propagan justo quienes deberían ser campeones de la Iglesia.

Eso, sin hablar de los tratados que siembran la duda so capa de tratarse solo de obras de ciencia o de historia. ¡Malha-

ya el decreto que exime de la censura a las obras de la Academia de Historia, y permite al rey revertir toda sentencia de la Inquisición!

Moro pasa a engrosar el cajón que almacena a Maquiavelo, Kepler, Galileo y Spinoza. Mientras él viva nunca llegarán al escaparate de una librería, ni a la biblioteca de nobles y extranjeros que las coleccionan solo por el placer de lo prohibido.

9:20 horas

En su alcoba del lupanar que regenta en lo alto de la calle Formosa, a unas cuadras del Rossio, Madriña reza por el alma del rey João V, muerto hace cinco años, y por su bebé, el bastardo que perdió hará treinta y cinco cuando era una quinceañera en el convento de Odivelas. Entonces, ella no sabía quién era el caballero que la requebraba a través de la celosía, ni que la abadesa era su rival por el afecto del rey. Lo supo cuando su embarazo se malogró y la abadesa, a punto de dar a luz a uno de los «muchachos de Palhavã» engendrados por el rey, la expulsó del convento.

Tuvo suerte: mientras vivió, João V le concedió una renta que bastaba para alquilar esa casita en el Bairro Alto, lejos de la chusma y las tentaciones de Baixa. Acostumbrada a la frugalidad de las novicias, no le costó ahorrar: cuando murió el rey y cesó la renta pudo comprar la casita y acoger en ella a otras mujeres cuyas vidas también se habían torcido: huérfanas, viudas o abandonadas que ya solo poseían la lozanía de su cuerpo.

Abandonadas, pero no perdidas: Madriña ha renunciado solo al hábito, no a sus hábitos, e insiste en el aseo y el recato de sus pupilas, y en que vayan a confesarse cada día y a misa los domingos y fiestas de guardar. En vez de su parroquia de las Mercedes, donde abundan las beatas, acuden a otra iglesia cuyos curas son asiduos de su establecimiento, junto con oficiales

y togados, y todos deben acatar los mandamientos de la casa: ni armas, ni licores, ni tabaco, ni blasfemias.

–Madriña, el pozo no trae agua, solo barro –oye decir a la Irlandesa a su espalda; su padre debió serlo, a juzgar por la melena de cobre que contrasta con su tez de angoleña–. ¡Qué raro! Tampoco la vecina tiene; vino con un cántaro a llenarlo.

–Pues que mande a su chico a la fuente y también nos traiga; ya le llevaremos huevos –replica. Termina sus devociones y, besando la estampa del rey que compró por mil réis, la coloca en un altar y se pone de pie–. Es la hora: enciende la lámpara, poneos la mantilla y vamos.

Hoy es la fiesta de Todos los Santos; podrá admirar las reliquias e invocar su protección para las pupilas, especialmente el cabello de santa Ana, patrona de las embarazadas.

9:21 horas

En la mansión de enfrente, Eleonora de Carvalho le toma la lección de alemán a sus hijos:

–*Sieben plus sechs?*

–¡Trece! –contestan en portugués y al unísono Teresa, de ocho años, Henrique, de siete, y Francisca, de cuatro, mientras el benjamín, José, gorgotea en una mezcla de portugués y alemán. Ella suspira, pero no se da por vencida. Lleva diez años casada con un portugués y cinco viviendo en Lisboa, pero para las víboras de la corte es aún la «condesita de Austria», tal como su marido, pese a haber sido embajador y ahora Ministro de Guerra y Asuntos Exteriores, carga con el sambenito de hidalguelo y extranjerizado.

El parloteo del niño la devuelve a la realidad; ha despertado con fiebre y Nora se escuda en ello para no acudir al palacio de Belén, como es su deber por ser dama de compañía. Pero ese día se honra a las ánimas, y la pena la embarga al recordar a sus hijas Juanita y Mariana, muertas antes de cum-

plir cuatro años: ni siquiera han llegado a existir en el registro de la parroquia.

–Vamos, otra vez. Prestad atención; si no, *es gibt kein Kirmes** –amenaza. En la sala de lecturas contigua, se oye un carraspeo. Al instante, los protestones callan y agachan la cabeza sobre el cuaderno de aritmética: los sábados, su padre despacha a sus visitas en la salita junto al cuarto de los niños mientras estudian, sin cerrar la puerta adrede.

Esa mañana, mientras recitaban las capitales de Europa, él recibía al jefe de la Aduana y a un emisario del Maranhão. Ahora, a juzgar por sus voces, discute con un teniente coronel de un problema de abastecimiento de agua. Como tantas cosas eso sería asunto del ministro del reino, Da Mota, que lleva diez años sin levantarse de su lecho de inválido mientras Carvalho trata de suplir sus tareas como buenamente puede, además de cumplir las suyas.

–Que afecte a un municipio vaya y pase, pero que cuatro se queden sin agua no se puede tolerar. La causa debe de estar en vuestro acueducto, Mardel, conque reunid a los aparejadores y averiguad qué sucede. Al menos las fuentes aún funcionan.

El tono no admite réplica. Nora se recoge un mechón color trigo bajo la cofia y reprime una sonrisa: la obsesión de Carvalho por la eficiencia, más propia de un teutón que de un portugués, afecta por igual a su familia, amigos y subalternos.

El chiquitín hipa y ella lo arropa, distraída. Si mejora, irán a misa y luego a la feria. Su marido le ha prometido una sorpresa, pues mañana Nora cumplirá treinta y cuatro años.

9:22 horas

Al sur de la calle Formosa, en el palacio de San Lourenço, en el barrio de Santa Catalina, el nuncio del Papa, monseñor Fi-

* No iréis a la feria.

lippo Acciaiuoli, reza en el reclinatorio del Oratorio de su alcoba mientras se prepara para la misa de las diez.

Una y otra vez se distrae pensando en un pasquín que oculta el nombre del autor, pero revela en cada renglón la mano de un misionero, y en cada punto el espíritu de los jesuitas. Es una soflama que, so capa de escandalizarse ante la decadencia del clero y denunciar la dejadez de las autoridades, pretende ganarse la simpatía de las gentes y, al tiempo, inspirar temor y desconfianza en ellas.

Pese a su cariño por esta urbe –cuya opulencia y luminosidad le recuerda a la Roma de su infancia– y al afecto que siente por los lisboetas, cuya mezcla de devoción y alegría de vivir lo han cautivado, el nuncio debe informar a su santidad no solo de la política que se trama en la capital, sino también de la carcoma que socava sus cimientos.

El panfleto ha despertado su ira no por las injurias contra la falta de autoridad de la Iglesia, y por tanto contra su persona, sino porque cada crítica encierra verdades que se clavan en su conciencia como lanzazos. Corrupción por doquier, prebendas que recompensan la mediocridad, obras del Índice amparadas –¡quién lo creería!– por bibliotecarios de conventos, contrabando de reliquias, y monjes cuya promiscuidad y bastardos nacidos intramuros sonrojarían a Jezabel. Todo ello corroe al clero desde la cúpula, y no pondría la mano en el fuego por la probidad de ninguno de sus miembros.

A esto se añade la plaga de las logias de masones pagadas por escoceses y suizos, que ganan terreno pese a la excomunión decretada por la bula *Providas Romanorum*. El nuncio sospecha que los ministros que el rey promueve desde que subió al trono –como el de Guerra y Exteriores, Carvalho, o el de Marina y Ultramar, Mendonça, influidos por años de estancia en países protestantes como Inglaterra o los Países Bajos– cierran ojos y oídos a su existencia. La vigilancia de la Inquisición y los jesuitas encabezados por el padre Malagrida tampoco bastan para reprimirlas... Ni una ni otro son santos de su devoción, pero en

los tiempos que corren todo aliado sirve para afianzar la autoridad del Papa.

Sí, debe informar de todo ello a Benedicto XIV sin demora; la jornada de hoy se presta muy a propósito.

9:23 horas

A cuatro leguas al oeste de Lisboa, en la Quinta de las Leoneras de recreo del rey en lo alto de una colina de Belén sobre el Tajo, José I «el Fidelísimo» de Braganza ronca y se agita en su lecho, envuelto en un camisón de lino. En sueños, está montando a una yegua de dos patas de la familia de Távora y la hembra le corresponde con entusiasmo.

Esa mañana, tras oír misa de madrugada en la capilla del palacio de la capital y el besamanos de rigor, la familia se ha trasladado a Belén a ruegos de una de las princesas para aprovechar la bonanza del tiempo y disfrutar del almuerzo en los jardines del palacete. Con los reyes, como mandan la etiqueta y el cálculo, también ha ido la corte.

Confesores, secretarios, oficiales, familias de alcurnia y damas de compañía se encuentran allí. Todos menos el ministro Carvalho, cuya idea de un día de fiesta consiste en encerrarse a trabajar en su caserón de la calle Formosa rodeado de mamotretos y de su borrica de Austria, en vez de gozar del vino y las bellezas que se pasean bajo los árboles de la quinta.

Hasta allí no llegan el bullicio ni los miasmas de la capital; por ello, el rey se escapa cuando puede a Belén, donde descansa de sus amoríos de medianoche y suele cazar jabalíes y cabalgar por los bosques, mientras las princesitas pueden disfrazarse o hacer excursiones de incógnito a los cortijos de los alrededores, lejos del escrutinio que rige cada uno de sus gestos en la capital.

Ahora, las princesas cumplen con sus devociones antes de dar un paseo en bote por el río. En sus aposentos, la reina

Mariana Vitória está leyendo una misiva de su hermano, el rey de España, mientras sus damas se entretienen colocando rosas y crisantemos en los jarrones.

En la entrada de las caballerizas, don Pedro, hermano del rey, está admirando la manera en que el marqués de Marialva, jinete tocado por la gracia de Dios, maneja un potrillo de doma que acaba de llegar al picadero de la quinta. El animal, que patea como si algo lo aterrara y lanza bocados contra el mozo que trata de sujetarlo, solo se deja acariciar por Marialva, e inspira el aliento que éste le insufla susurrando naderías para tranquilizarlo como haría con una doncella, hasta que la cabeza del potro se relaja y descansa sobre su hombro. Con razón lo llaman el Centauro; el rey no le confía sus monturas a nadie más.

—Así: ¿lo ves? Con suavidad. Deja que dé unas vueltas más para que se desfogue, y luego dale solo avena —dice Marialva al mozo, sin despegar la boca de la cabeza del animal.

En la arena, los demás potros brincan nerviosamente, y alguno rompe a relinchar.

9:24 horas

Al pie de la colina coronada por la quinta de Belén, donde el rey duerme el sueño de los justos, uno de sus súbditos sesteaba en su barquita de pesca que flota en el Tajo. Hace horas que las aguas apenas se mueven; la marea crece y decrece tan despacio que la quietud ha amodorrado al anciano.

El graznido de una guarriona, que parece chillar «¡Todo para mí!» entre los árboles de la orilla, lo sobresalta. La niebla color pimentón ha escampado. Su barca no se ha desplazado del remanso donde echó sus redes hace unas horas; sin embargo, el sol ya se eleva desde la ciudad, a una hora de allí remando río arriba. Si quiere vender su captura deberá apresurarse a regresar. Arremangándose, se inclina sobre el borde de la barca y tira de las redes, que apenas ofrecen resistencia.

Para su sorpresa, no encuentra en ellas peces ni cangrejos. En sus mallas solo hay algas, ramas y unos bichejos que se agitan como serpientes. Al tomar uno entre sus dedos, se enrosca en su índice y un latigazo recorre su brazo hasta el hombro. Con un gáñido, el barquero sacude el brazo y la criatura cae al agua. ¿Desde cuándo las anguilas se aventuran río adentro?

Los fenómenos que nadie se explica se suceden en Lisboa: como esa ballena que se arrimó al puerto hace unos días. Será cosa de las mareas y de aquella niebla; es como si, con la llegada del otoño, la naturaleza se resistiera a abandonar su vigor y se rebelara contra la inminencia del invierno.

Evitando tocar las culebrillas, menea las redes hasta que los bicharracos se sueltan y caen al agua, donde flotan sin moverse. El barquero vuelve a echar las redes. La corriente parece haberse detenido del todo.

Una brisa que sopla del interior agita los árboles de la orilla. El anciano oye de nuevo el grito del pájaro: «¡Todo para mí!».

9:25 horas

Al noroeste de la Explanada, subiendo por la calle Nueva de Almada, el padre Manuel Portal, oratoriano de la congregación de San Felipe Neri, levanta la mirada de su misal hacia el espacio donde antes colgaba su crucifijo de madera sobre la cabecera de su cama.

Esa noche ha tenido un sueño que lo ha colmado de dicha y amargura a la vez. Mientras dormía, le pareció sentir dos veces un temblor y un hálito que lo estremecía de la cabeza a los pies, mientras las paredes de su celda se desvanecían en una niebla del color de la sangre. A continuación cobró forma delante de él Nuestro Señor Jesucristo, flotando entre la niebla. En su sueño, Portal se postró inmediatamente a los pies de la visión humillando la frente y bajando su mirada, que no merece contemplar la faz del Redentor.

Mientras alzaba los brazos hacia la silueta, suspendida a unos palmos del suelo, una voz susurró dentro de su cabeza: «Dame tu crucifijo. No volverás a verlo: ya no lo necesitas, pero yo sí. Reza y confía, Manuel».

Después la visión se oscureció, llevándose consigo la niebla. Portal despertó de golpe y se encontró a solas en su celda. Enseguida su mirada voló hacia el crucifijo, el objeto que más aprecia de los pocos que posee, pero solo vio la blancura de las paredes de cal. Atenazado por la angustia, buscó y rebuscó a gatas por todos lados hasta que su mano tropezó con la cruz, caída bajo su cama al pie de la pared.

La besó y la apretó contra sí: antes querría perder su mano que este objeto que lo acompaña desde que ingresó en la orden hace una década y le regaló su mentor, el padre Felipe Neri. No es que haya renunciado a tener posesiones; como los demás oratorianos, solo ha hecho voto de obediencia, no de pobreza. Pero su tesoro está en la biblioteca, el laboratorio y el jardín de plantas del convento, y su riqueza es aquello que ellos regalan: la enseñanza del Evangelio que imparten a los jóvenes y las obras de caridad.

Portal vuelve a respirar: solo ha sido una pesadilla, tal vez provocada por un temblor que ha hecho caer el crucifijo. Sujetando con fuerza el objeto de su devoción, resuelve que cambiará cuanto antes el clavo del que pendía la cruz por otro a prueba de golpes.

9:26 horas

En el palacete anexo a la iglesia Patriarcal junto a la Explana-da, el personaje de más importancia después del rey, don José Manuel da Câmara de Atalaia, cardenal patriarca de Lisboa, tiritaba en su lecho pese a las tres mantas de lana que lo cubren. Además del asma y del ataque de gota que lo mantienen confinado desde hace días, desde anoche sufre una crisis de disentería que no remite.

Ni la fiebre, ni los agujonazos de sus piernas, ni sus casi setenta años de edad bastarían para impedirle que celebre los oficios del día de Todos los Santos; pero el anciano no osa comparecer ante cientos de dignatarios cargando con un pañal que desborda de diarrea. Nada consigue paliar sus dolores, ni siquiera el óleo de la *Lamentación del Cadáver de Cristo* de Durero que ha hecho traer de su iglesia confiando en que obre un milagro.

La Patriarcal es su iglesia y su orgullo, con sus suelos de mármol escaqueados en negro y amarillo, sus paredes recubiertas de azulejos, sus mosaicos que centellean a la luz de cientos de lámparas, sus candelabros de plata incrustados de diamantes y su tabernáculo tallado en una pieza de ágata del tamaño de un hombre, que atrae a peregrinos de todo el reino y de más allá.

A través de los postigos que ha hecho entreabrir para despejar el hedor le llegan las voces de ciento sesenta sacerdotes, setenta monseñores y una veintena de preladados y canónigos, realzados por más de noventa cantantes y músicos a sueldo de su iglesia. Alguien llama a la puerta.

–*Benedicite*. –Un lego que hace las veces de ayudante y recadero asoma la cabeza.

–*Domínium* –murmura el Patriarca. «Benedicid al Señor». El sirviente entra conteniendo el aliento, deposita una bandeja en la mesita junto al lecho, lo ayuda a incorporarse sobre los almohadones y le da de beber tisana de salvia y comino para aliviar los calambres y la fiebre. Luego retira las mantas que lo cubren y hace amago de levantarle la camisa de noche—. No; todavía no. Ve a misa, hijo; luego habrá tiempo.

Sus tripas acaban de aflojarse de nuevo. Prefiere quedarse a solas y tomar como una penitencia el descanso que le impone el médico. Al menos ha podido confesarse y comulgar, gracias al jesuita venido del palacio a la vuelta de la esquina. Le consuela recordar que habrá otras festividades en su iglesia –erigida para la Eternidad– y, Dios mediante, podrá dirigirlas todavía durante unos cuantos años más.

9:27 horas

En una mazmorra de la prisión de Galé, en el extremo opuesto de la Explanada, el forzado João Durão da Silveira, que en otra vida ha sido minero y padre de familia en Pernambuco, luego artesano de peines y calcetines y ahora es reo por sodomía y un asesinato del que ha sido cómplice, sorbe el caldo del desayuno y desliza una corteza de centeno bajo sus harapos, lamiéndose los dos dedos que le quedan. Así alimenta a la rata que ha amaestrado, después de haberle arrancado los dientes con una espina de pescado. Sin embargo, hoy el animalito se encoge y trata de zafarse desesperadamente, como si barruntara ponzoña en la corteza que le ofrece su captor.

—¿Qué, a vuecelencia tampoco le sabe el pan de tres días?
—gruñe el reo.

—Esto es por el día de fiesta, «Cincuentaytrés» —oye la voz del empleado de la cofradía de la Misericordia que trae comida a los presos sin familiares que los alimenten. Un tasajo que huele a sahumero se desliza por la trampilla de la puerta—. A la salud de su majestad, y dale gracias porque hoy no tienes que trabajar en el muelle.

El mulato parte en cuatro el trozo de jamón, gruñendo: al rey le agradece la condena de diez años, que se suma a la que purgaba en un calabozo de la Inquisición en el Rossio.

Pese a que esta prisión goza de la brisa del río y su labor de forzado en el muelle le permite ejercitar los músculos de sol a sol, añora el Rossio: allí la comida abundaba, un cirujano los atendía sin pagar, podía estar de pie en la celda de tres metros por dos y medio, y el humo de los fogones no lo cegaba poco a poco. Ahora comparte jergón y chinches con tres reos más, y un cántaro de agua para lavarse cada ocho días, cuando también vacían el orinal.

No se queja de sus compañeros de celda: los asesinos de Galé no lo hastían con lamentos como los judíos del Rossio, ni se pelean por el rancho. Como él, llevan siete años disfrutando de la hospitalidad del rey. Como él, urden planes.

Terminada la sopa –que no sabe decir si lleva pollo o pescado por su insipidez– se acuclilla y abre una bolsita de cuero que no han llegado a quitarle. Es su talismán: contiene oraciones a san Cipriano y el testamento de Jesucristo. Con testarudez, recita los versos cuyo misterio no comprende, aunque cree en ellos ciegamente: «Con dos te dejo, con cinco te prendo, el corazón te rompo y tu sangre bebo».

Mañana volverá a descargar fardos encadenado a sus camaradas, bajo el látigo de un guardia. Esa será su vida, lejos de su tierra y de los suyos, hasta que cumpla cincuenta años, si no revienta antes o alguien intercede por él. Eso y más le debe a su majestad, y vaya si le dará las gracias, a su manera, en cuanto se presente la ocasión.

9:28 horas

Cerca del barrio conocido como «la Factoría de los Ingleses», poblado por mercaderes y artesanos de esa nacionalidad, sir Charles Henry, *baronet* Frankland y residente en Massachusetts, se pone los guantes de raso en la villa que alquila con su amante, Agnes, y echa un vistazo por el ventanal al verdor del jardín con vistas al Tajo. No necesita repasar su atuendo en el espejo: la mirada de adoración de la muchacha, que recorre desde sus tirabuzones de bronce hasta sus botines rematados con gamuza, es prueba de que a sus treinta y nueve años el dandi no ha perdido ni pizca de su atractivo.

Acaban de desembarcar huyendo de los nubarrones de Inglaterra y de la desaprobación de la familia del *baronet* por su amancebamiento con la pescadera de Boston. Sir Charles pliega los labios en un gesto de desdén. Su alcornica se remonta a Oliver Cromwell y le sobran títulos y fortuna: no necesita la bendición de nadie.

Ha venido a Lisboa para adquirir y vender semillas de todo tipo, que colecciona con pasión. Por ende, hoy inicia la

gira por Europa que emprende todo caballero que se precie. Sus amigos del alma, Henry Fielding y lord Chesterfield, lo han instruido acerca de esta ciudad, cuya opulencia y placeres –capaces de satisfacer el apetito de un César– no tienen nada que envidiarle a París, y está dispuesto a apurar el cáliz de la decadencia hasta las heces.

Hoy es un festivo que destaca en el calendario del catolicismo. Como ha aprendido en sus viajes, los festejos y verbenas se prolongarán hasta entrada la noche y piensa aprovecharlos, pero corre el peligro de que los lisboetas, que ya sospechan de él por su habla y porte de inglés, adivinen que es protestante, y pongan fin a sus planes de esparcimiento con un chapuzón en el Tajo. Pese a su afán de explorar Lisboa, la exaltación de sus gentes es algo que prefiere evitar.

–Querida, me voy a visitar la catedral; las ceremonias y la música son un espectáculo que no quisiera perderme por nada del mundo.

–Ten cuidado con los papistas, Harry, y no tardes –ruega Agnes con un mohín de inquietud, mientras sus ojos como ascuas pestañean seductoramente sin tratar de disuadirlo: cuando su amante se empeña en un capricho, ni todos los hombres del rey bastan para quitárselo de la cabeza.

–No tardaré, mi alma –le asegura el *baronet*. Ajustando el ángulo del tricornio que resalta sus tirabuzones, sale de la villa silbando.

9:29 horas

A unos minutos al norte del Rossio, en el palacete que domina la plaza de la Anunciada, los marqueses de Lourical se preparan para recibir al sacerdote que cada domingo y fiesta mayor viene a officiar misa en la capilla de la familia.

En el espejo de Venecia que adorna su tocador, la marquesa María Josefa se acomoda la peineta de carey sonriéndole

al reflejo que disimula sus casi cuarenta años, y rebusca en un cofre su rosario de nácar. Su hija María, de tres años, juega con una cinta de raso a sus pies.

Abajo en la biblioteca, arrellanado en una butaca y rodeado de céspedes de Rubens y ninfas de Tiziano, Francisco Xavier de Menezes, segundo marqués de Louriçal, apura una taza de chocolate mientras hojea la *Historia general de la naturaleza* de Kant, que ha adquirido por la bicoca de treinta mil réis –el alquiler que le cobra al mes a un diplomático por su villa en Cascais–, y la coloca con mimo entre otras obras que prohíbe la censura y que sus amigos le piden a menudo. Se sumará a tesoros como el *Herbario* del rey Matías Corvinus de Hungría, la vida del puño y letra de Carlos I y dieciocho mil volúmenes que ocupan cinco salas en su palacio, sin mencionar el gabinete de curiosidades que creó su padre cuando era virrey de la India.

–Señor marqués, un marino os ha traído algo que dice que os puede interesar –anuncia el mayordomo. Al momento, el marqués lo hace entrar. A la vista del grillo color carbón que ocupa la palma tendida del marinero, lanza una exclamación de placer:

–Nunca he visto cuernos de ese tamaño ni un caparazón de este color. ¿Mozambique?

–Orán, señor. Lo raro es que el bicho salió de una erupción de la arena junto al puerto: eran miles, millones de ellos, de golpe, nadie sabe por qué. Fue hace ocho días, cuando empezaron a demorarse las mareas y apareció esa niebla...

El marqués no lo escucha, abstraído en examinar el insecto bajo la lupa:

–No creo que exista otro así en toda Europa. Has hecho bien en traérmelo.

El marino toma la moneda de seiscientos cuarenta réis, se inclina y sale tarareando. No necesita morderla para comprobar su contenido en plata: incluso en esta ciudad donde hasta los mendigos cagan perlas, el señor de los bichos tiene fama de ser un Creso.